

Lourdes FLAMARIQUE:
Schleiermacher: La filosofía frente al enigma del hombre, Pamplona: EUNSA 1999, 304 pp.

Las aportaciones filosóficas de Schleiermacher coinciden con un momento notablemente importante para la historia del pensamiento. Como observa Flamarique, hacia finales del siglo XVIII la filosofía se había abocado o bien a renunciar a la objetividad o a denunciar el engaño de la libertad. Empirismo y racionalismo se habían colocado en el ojo del huracán hasta que Kant expuso la autonomía de la razón y definió la subjetividad trascendental como espontánea y, por tanto, libre. El análisis kantiano develaría las antinomias que el proyecto ilustrado mantenía escondidas. La más significativa fue la tercera enunciada en la *Crítica de la razón pura* y que contraponía la causalidad mecánica con la libertad. La misma problemática volvería a aparecer en la *Crítica del juicio*. Esta vez se señoreaba la libertad sobre el mundo objetivo. Kant no lograría una justa resolución ante el problema y mucho menos ante la disyuntiva que existía también entre libertad subjetiva y realidad histórica.

Schleiermacher pertenecerá a una generación que, aunque sucede a Kant, piensa con él. Idealistas y románticos no se entienden sin el kantismo. El grupo romántico, el que ejerce una marcada influencia en el pensamiento de Schleiermacher, no acepta los términos en los que se formula la escisión entre el uso teórico y práctico de la razón autónoma. Por ello, para una generación artístico-filosófica la *Crítica* más valiosa es la tercera. En ella Kant intentaba superar la escisión y, además, lo hacía desde el punto de vista de la estética, explicando que en esta experiencia la subjetividad era capaz de sentirse *armónica*. Sus observaciones tuvieron buena acogida entre los artistas y fueron bien vistas por personajes como Lessing y Goethe.

Kant no fue el único preocupado por un ideal armónico para el hombre. También lo fueron Humboldt, Schlegel y, por supuesto, Schleiermacher. En el primer capítulo de este estudio, Lourdes Flamarique ubica el papel de Schleiermacher dentro del movimiento romántico. Con notable dominio del tema explica cómo las ideas románticas aparecen en pleno auge social de la implantación de la Ilustración, cómo se desarrollan las ciencias

del hombre y de qué manera se respira el kantismo y los problemas heredados por éste. Hito importante es que la autora recuerde que quizá Kant sugiere la necesidad de la hermenéutica cuando asume que la cuestión fundamental de la filosofía es comprender y comprender lo que es comprender. De ahí que distintos pensadores del XIX expliquen la actividad cognoscitiva fundamentalmente como el acto de comprender, interpretar, descubrir el sentido de las acciones del sujeto individual.

Junto a estas observaciones, puede leerse un apunte biográfico de Schleiermacher. Nacido en Breslau en 1768 y formado en una familia ligada al pietismo prusiano, es un intelectual precoz que en 1785 ingresa en el seminario de Barby. Ahí recibe formación teológica, pero también a espaldas de los profesores se acerca a obras y autores censurados como Goethe y Kant. Así fue como el espíritu de la época caló en el naciente filósofo, quien convencido de que el ser humano debía apoyarse en sus propias decisiones morales, se trasladó a la Universidad de Halle, en ese momento, bastión de los discípulos de Wolff y Eberhard. La trayectoria intelectual juvenil de Schleierma-

cher está repleta de acontecimientos que marcan su futuro pensamiento: su preparación teológica, el estudio entregado a Kant, a Platón y a la traducción de Aristóteles, sus investigaciones filosóficas sobre temas morales y la libertad, el encuentro con el pensamiento spinoziano vía Jacobi y, obviamente y sobre todo, el intercambio de ideas con el círculo romántico de Berlín en donde conoce a su buen amigo Friedrich Schlegel.

La vinculación entre el joven Schleiermacher y el círculo romántico —como bien señala Flamarique— no responde sólo a la afinidad de ideas, sino que también le ofrece un nuevo estilo de vida y unos ideales compartidos en una comunidad real de espíritus semejantes. Con los románticos encuentra la máxima individualidad en medio de una comunidad de espíritus individuales. La existencia individual es la única vía para presentar la armonía entre espíritu y mundo, fruto de lo que es el mundo y su dependencia del yo. Entre todos los acontecimientos, encuentros, desvaríos e instantes en los que se gesta el pensamiento maduro de Schleiermacher destacan, a mi parecer, dos aspectos bien señalados por la autora: primero, la batalla contra Hegel al grado

de impedir que sea aceptado en la Academia de Ciencias arguyendo que su filosofía es despótica, imperialista y poco crítica contra el kantismo; segundo, la intensidad con que trabaja en investigaciones filológicas que le consagran como un estudioso del mundo antiguo, de la historiografía griega y cristiana, su interés en estética, pedagogía y psicología. Todos estos son los conocimientos que le permitirán convertirse en un buen hermenéuta.

El capítulo segundo está dedicado a los Escritos Juveniles. Poco conocidos y recientemente valorados por los estudiosos de la filosofía alemana del XIX, los escritos juveniles se enfrentan con el kantismo. Schleiermacher analiza los límites del conocimiento en la *Crítica de la razón pura*, pero guarda distancia ante las tesis morales de la segunda crítica. Ante la concepción kantiana de un ser humano escindido en naturaleza y libertad, los escritos juveniles intentan rectificar la moral kantiana. Destaca *Über die Freiheit* en donde se enfrentan la libertad y el determinismo moral. Ahí, Schleiermacher se pronuncia a favor de una voluntad necesariamente libre. Intenta superar la posible contradicción que podría darse

entre libertad y necesidad, proponiendo que no se entienda la necesidad como mera imposición o coerción ni la libertad como algo absolutamente incondicionado. La libertad termina siendo la autoexpresión de un sujeto que se sabe libre en la medida en que sus intenciones expresan su yo. Esta especie de "autoexpresión" es compatible con la tesis schleiermacheriana del determinismo práctico, según la cual la libertad es la necesidad incorporada, necesidad entendida como lo desarrollado por nuestra historia personal. Aceptar la necesidad como el único sentido de la libertad humana es una idea que reaparece posteriormente en los *Monólogos*.

En 1799 Schleiermacher publica sus *Discursos sobre religión*, en donde busca una nueva concepción de religión y también de iglesia. Con admirable rigor filosófico, Schleiermacher presenta álgidas problemáticas como la autonomía de la conciencia o la valoración del infinito. La impronta romántica es clara no sólo a nivel temático, sino también en la manera de desarrollar los problemas y presentar su posible solución. Los *Discursos* sirven para iluminar el problema más complejo de la

existencia humana, a saber, la propia individualidad. La razón es comprensible: el hombre es un ser moral abierto a la infinitud. Y, en efecto, en los *Discursos* Schleiermacher se adentra en el problema desde una perspectiva religiosa y, en los *Monólogos*, desde un punto de vista ético.

Los *Monólogos* son un texto autobiográfico, una especie de manifiesto romántico en donde puede leerse la concepción moral de Schleiermacher, emparentada con la filosofía de Kant y de Fichte. La moral tiene su pivote en la libertad interior como poder que lleva al hombre a afirmarse a sí mismo ante su destino. Schleiermacher esboza en los *Monólogos* una constante de su pensamiento posterior, a saber, el ideal de sociabilidad libre y racionalidad dialógica e intersubjetiva. La subjetividad la entiende como dinamismo, espontaneidad abierta a lo infinito: se trata de llegar siempre a lo que somos y, en efecto, somos libertad. Uno puede llegar a ser lo que es, solamente a través de acciones y, al mismo tiempo, éstas abren a la infinitud. Una vez más, la impronta romántico idealista: la infinitud es libertad plena que, sin embargo, no pue-

de separarse de lo limitado y temporal.

Con los *Monólogos* Schleiermacher impulsa la exaltación de la individualidad. Una de las conclusiones —quizá la más relevante— que se desprende de ahí es la posibilidad de ser consciente de que todos los actos del individuo provienen de él, no de ninguna ley extraña o ajena: los actos del individuo no pertenecen al mundo sino al propio devenir: la ley reside en el interior de cada uno. Cualquiera que conozca el pensamiento de Fichte o el de Friedrich Schlegel, podrá percatarse inmediatamente del parentesco: una sola ley es la del espíritu libre, a saber, su propia interioridad.

Los *Monólogos* ofrecen un programa de desarrollo de la individualidad. Pueden ser leídos como un texto sobre ética y, en efecto, sirven como preámbulo para que Flamarique dedique el capítulo tercero de su libro a la ética como una teoría de la cultura. La primera presentación de la ética, a saber, la de los *Monólogos*, parece ser más literaria que filosófica. En 1803 Schleiermacher cierra su periodo romántico redactando una obra prope déutica: *Grundlinien einer Kritik der bisherigen Sittenlehre* (*Líneas fundamentales para una*

crítica de la doctrina ética hasta el presente). Este es su único libro auténticamente filosófico y en él pretende exponer la ciencia de la acción humana. A través de una exposición sistemática, Schleiermacher expone los principios básicos a partir de los cuales se producen las ideas supremas a las que se subordinan los conceptos morales y, además, se dedica a examinar y evaluar los sistemas éticos conocidos.

Con el concepto de *Bildung* (formación) Schleiermacher sintetiza la condición de posibilidad moral. Critica las éticas eudaimonistas, en especial la aristotélica, porque en ellas no hay una producción sistemática de bienes; critica las éticas de Kant y Fichte por considerar solamente lo ético como lo común de alcance universal. Exalta la ética platónica y la spinoziana, pues ambas parten del infinito como único objeto necesario. De modo que a Schleiermacher lo que le preocupa es encontrar un fundamento de posibilidad de la acción moral real. Las *Grundlinien* culminan con diversas carencias y problemas no resueltos. Éstos ocuparán un lugar importante en las lecciones de ética de 1805/6, *Brouillon zur Ethik*. En 1804 Schleiermacher inicia

con su labor docente en la Universidad de Halle. De ahí nacerán los manuscritos de sus lecciones. Flamarique dedica varias páginas al análisis de los conceptos y posiciones filosóficas que se exponen en éstos. Además, confronta los manuscritos de 1805/6 con los de 1812/13, con el discurso pronunciado en 1825 ante la Academia de Ciencias de Berlín y con un breve ensayo de 1829 titulado *Über den Begriff des höchsten Gutes*.

A lo largo de los textos referidos, Schleiermacher conforma una versión de la ética en la que ésta presupone la naturaleza. Lo ético no será el cumplimiento del deber o de la norma, sino la totalidad de las acciones y obras del hombre por las que éste se proporciona un mundo específicamente humano. Por tanto, lo ético no se entiende como un conjunto de leyes paralizadoras, sino que se trata de una fuerza productiva que ofrece una imagen de la humanidad organizada racionalmente.

El capítulo cuarto se titula "La Dialéctica o la Unidad del Saber". A Schleiermacher le interesa encontrar unos principios supremos del conocimiento. Tal inquietud se refleja en las lecciones sobre dialéctica de 1811. En éstas se manifiesta un pro-

fundo desacuerdo con la filosofía idealista. Schleiermacher pretende reunificar el idealismo y el realismo. Entiende la dialéctica como una arquitectónica del sistema de las ciencias coordinadas. A ella le compete mostrar el fundamento último del saber, cómo opera en relación al saber real y cómo se da la unidad del fundamento y el saber bajo la forma del sistema. En otras palabras más simples, la dialéctica es el principio del arte de filosofar, pues a ella le corresponde definir los principios en los que se basa la unidad y validez del conocimiento humano y guiar a la razón en su esfuerzo por conocer.

Los temas principales de la dialéctica son tres: pensar y ser, el fundamento trascendental del saber y el sujeto en la dialéctica. A través de un desarrollo suficientemente amplio de estas tres cuestiones, Flamarique logra mostrar cómo la dialéctica formula la condición esencialmente dependiente, no monológica, del sujeto como un saber que opera en todos sus conocimientos y acciones y, por esto mismo, no puede constituirse como el principio fundamental ni de la explicación del mundo ni de sí mismo. Esto significa que aunque los conocimientos y las acciones

forman parte de la conciencia finita, la unidad que opera como su fundamento trascendental se manifiesta únicamente como fuerza. La dialéctica contribuye a la unidad, pero no a un todo. Por influencia platónica —recuérdese que tradujo los *Diálogos*— Schleiermacher se nos presenta como un filósofo que parte de la división hasta formular la unidad máxima en términos de oposición y diferencia. La ciencia de las ciencias es la dialéctica y se hace presente en todos los saberes. No obstante, la dialéctica de Schleiermacher tiene notorias diferencias con la hegeliana.

El capítulo final del libro está dedicado a lo que resulta quizá lo más conocido del pensamiento de Schleiermacher, a saber, la hermenéutica. La ética y la dialéctica, los dos saberes estudiados, han de soportar de modo singular el proceso hermenéutico. La ética porque tiene por objeto a la individualidad y su devenir en la comunidad. La hermenéutica es necesaria porque las acciones humanas no se manifiestan de manera orgánica sino espiritual. La dialéctica, por su parte, se aboca a la unidad entre pensar y ser y señala las condiciones por las que es posible la conciencia individual a

partir de lo general. Si bien la dialéctica justifica nuestra pretensión de conocer la realidad, eso significa que tiene a su cargo el estatuto veritativo del pensamiento y su expresión lingüística. Esto último se traduce en que la dialéctica también se ocupa de las condiciones de validez de toda interpretación por la que el habla se devuelve al pensar que lo origina.

Después de un breve preámbulo sobre la importancia de la hermenéutica en la filosofía moderna, Flamarique expone la presencia de este "saber de la interpretación" en el pensamiento de Schleiermacher, cómo sus intereses fueron en un principio teológicos y cómo nunca publicó sus trabajos sobre este respecto, tal vez porque nunca estuvo satisfecho de sus esbozos o de su expresión. La labor interpretativa refleja la vida del espíritu. La operación fundamental sobre la que opera la labor hermenéutica es la reconstrucción (*Nachkonstruktion*) de las partes de un texto o discurso que podrían suscitar un malentendido. Uno de los aspectos más interesantes en la hermenéutica schleiermacheriana es que la comprensión del sentido no está cerrada y solamente ocurre el "comprender mejor" en el

nivel de la intersubjetividad. De ahí que la labor de comprender mejor pueda convertirse en una tarea infinita. El desarrollo de este último capítulo y la valoración que hace Flamarique respecto a la hermenéutica filosófica puede ser polémico. La autora se pronuncia a favor de una hermenéutica aplicada a las condiciones del conocimiento de sí y se muestra crítica ante las interpretaciones exclusivamente psicologistas o culturalistas.

A manera de colofón dedica unos pocos párrafos para ofrecernos su visión sobre la crisis de la cultura y el saber. Ahí hace un llamado a entender la hermenéutica propiamente filosófica, es decir, no aquella que trabaja únicamente desde una perspectiva historicista echando una mirada sobre los hechos, sino aquella que se ocupa de la auto-comprensión del hombre y de la naturaleza del tiempo.

Luis Xavier López
Universidad Panamericana

Copyright of *Tópicos. Revista de Filosofía* is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.